

CRISTALES TINTADOS Y ALAMBRE DE ESPINO

En algunos países en desarrollo, han estallado revueltas populares. Estas revueltas parecen sostener una demanda de democratización y participación ciudadana, en muchos lugares totalmente sofocada por dictaduras encubiertas o manifiestas.

La represión es especialmente violenta en algunos sitios y ya contabiliza numerosas víctimas, tomando el cariz de una guerra civil no declarada, o bien ha favorecido la intervención extranjera que pretende ‘pacificar’ la situación, apoyando a los rebeldes con más armas y más bombas, que sin duda producirán ese eufemismo denominado ‘efectos colaterales’.

La libertad parece que ha de costar cara siempre y que los oídos sordos suelen ser la respuesta más frecuente.

En otras partes de ese mundo en vías de desarrollo, sin embargo, no se producen manifestaciones populares. La ciudadanía, que con frecuencia carece de las mínimas protecciones, se enfrenta al deterioro de las instituciones, a gobiernos inoperantes y corruptos, sólo interesados en permanecer en el poder a toda costa, a la pobreza que roza la indigencia, a la falta de esperanza y de futuro, de momento, sin levantar la voz.

En todos esos lugares, tanto si hay manifestaciones populares o no, existen zonas determinadas en las que uno puede ver, a poco que mire, grandes villas, rodeadas de alambre de espino electrificado. Los habitantes de esas magníficas casas salen de ellas en automóviles de gran cilindrada, con los cristales tintados. Sacan a sus hijos, camino de la escuela, acompañados de personal armado. Tienen también guardias de seguridad, con escopetas recortadas, apostados en los quicios de sus puertas blindadas.

Esta situación se da en el Oriente medio, en África y en América latina. Los que viven encerrados en su riqueza y atemorizados de esa chusma que se manifiesta en la calle o que, harta de su situación, emprende la vía armada, se afilia al narcotráfico o al terrorismo suicida, se preguntan por qué suceden esas cosas.

Incluso, fuera de esos lugares, la pregunta de si el Islam es la causa de tanta revuelta y fanatismo, es frecuente.

Nadie parece darse cuenta de la similitud existente entre esas falsas democracias autoritarias y autócratas, entre esas clases ricas, encerradas en sus castillos y armadas hasta los dientes para preservar su riqueza, sin compartirla y sin conmoverse un ápice por la miseria de los que le rodean.

Tampoco parecen ver, quienes se preguntan esas cosas, cómo se parecen los diversos gobiernos y sus corruptelas, nadie parece comprender que los ciudadanos están inermes en su propia tierra, donde carecen de seguridad, de vivienda, de sanidad, de educación; en definitiva, de los mínimos para una existencia digna.

Creen que la diferencia y el origen están en las creencias, en la religión y así, tranquilamente, pueden vivir del miedo a un enemigo que profesa una religión diferente. Esto es sencillo de entender. Pero no hay más que mirar los cristales tintados y las alambradas para ver donde está la diferencia y donde la semejanza.

Esos cristales tintados y esas alambradas son la seña inequívoca de una desigualdad sangrante e injusta que atañe a los ricos de cada lugar y a aquellos que las consentimos desde otros espacios donde las desigualdades, aunque existan, no son tan manifiestas y donde, a pesar de las deficiencias, los ciudadanos no carecen de sistemas de protección.

Cuando los ciudadanos salen a la calle y son capaces de perder la vida, no ya por la religión, esta o aquella, sino por su propia dignidad, los dueños de las alambradas deberían ser inteligentes o, al menos, astutos y, en su egoísmo, no ya en su solidaridad, aprender a levantarlas.